



Honestamente no sé dónde estoy, me pierdo cuando estoy a punto de encontrarme y así, en un bucle constante. No sé si me conozco, quizás un poco menos. He olvidado algunas de mis manías y costumbres y trato de esconderme en frases hechas, simples, sin contenido. Todo es más sencillo. Fácil de olvidar.

Y busco, busco con la mirada lo que no sé (o tal vez sí), algo o alguien que aparezca, para que ocupe esos espacios vacíos que habitan en mí. Que los ocupe para completarme. Y me siento cual “enferma del olvido”.

Estoy desorientada. Las cosas suceden de manera más lenta, son más profundas, tocan el corazón, son más intensas. Es como que llevo otro ritmo, otro compás con la música de la banda sonora de mi vida. Me conmueve, me inquieta. Estoy sensible y mi consciencia se queda dormida. Paro, me estremezco y me revuelvo. Y se olvida, como se olvida una lección, un nombre, una canción.

“Bruma de Alzheimer”

Tengo quince años y pertenezco a esa generación llamada “Z” en la que las tecnologías, según dicen, han provocado que la inmediatez y la fugacidad formen parte de nuestro ADN, donde la vida transcurre tan rápidamente que apenas deja huella en nuestros recuerdos.



Nos comunicamos mediante mensajes, donde las cosas, de no escritas, no quedan dichas y si no están dichas, se ignoran. Donde los abrazos quedan lejos y las emociones ausentes.

Un emoticono.

Terrible.

“Eau de Alzheimer”



Y miro el cuadro blanco que tengo en mi habitación.

De repente, entra un recuerdo en mi cabeza. Algo tiene que me remueve por dentro y me hace añorar lo que he tenido. Una caja de pinturillas invade mi interior dibujando en mi memoria la esencia de lo que fue aquella persona que hoy no está, y que con los años he ido dando vida, uniendo momentos de cariño y de paciencia, y pegándolos con ese suave pegamento que es el amor.





Recuerdo sus manos, el tacto de su piel dirigiendo las mías al dibujar con las cicatrices de una vida sufrida. Recuerdo las largas horas pintando; su sonrisa dulce y cálida; los paseos por el parque para ver los colores en la naturaleza; las tardes sentada en su regazo mientras bocetaba sobre los lienzos en blanco. Ese era mi abuelo.

Decía que esa caja de pinturillas eran especiales, que sus colores eran mágicos y que a través de ellos se podía pintar la vida. ¡Qué razón tenía!

Me decía: - Con el verde pintamos la esperanza de aquellos que creen que lo han perdido todo; con el rojo coloreamos el amor que todo el mundo busca; de amarillo trazamos la amistad que tanto

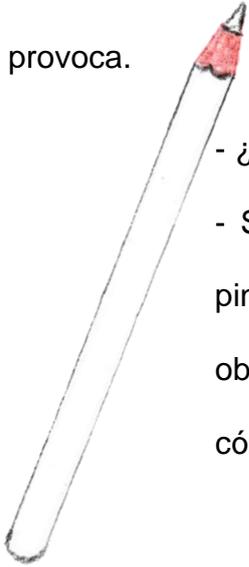
necesitamos; de azul

dibujamos la confianza y la calma necesaria para afrontar las dificultades; de morado encalamos el misterio que nos hace mantener la ilusión; y de rosa, perfilo la delicadeza y la dulzura que representas tú.

-¿ Y esta?- Pregunté con curiosidad señalando una pinturilla.



- Esta es la pinturilla más especial, el color blanco. El blanco lo inicia todo y también suaviza el resto de colores ayudándote a rebajar su intensidad. Cuando un color te duela, aplícale el blanco, y de esa manera calmarás el dolor que te provoca.



- ¿Y si la borro? - dije.

- Si lo borras, desaparece y se olvida. Nosotros somos lo que pintamos y estamos hechos de garabatos, colores, rayones y obras de arte. Todos ellos nos convierten en lo que somos y en cómo nos verán los demás, me contestó.

Los recuerdos son lo más bonito que podemos atesorar. Y a él, a mi abuelo, se los fue robando una enfermedad, “una bruma”, “un eau de perfume” que con el aire se llevó los momentos atrapados y las historias vividas. Una cruel goma de borrar que le impedía volver a ellos una y otra vez, olvidándose de quién fue y a quién amó.

“Muy mío, muy tuyo” me decía mi abuelo al compartir su caja de pinturillas. Simple, usadas. En su estuche de metal. Frío, suave. Y me doy cuenta de que odio las gomas de borrar, que la adolescencia es un tiempo pasajero, y que...el blanco es mi color.

